OPINIÓN

DESDE LA FRONTERA NORTE
JESÚS PÉREZ CABALLERO

Viajando en carro, el vuelo es al cielo

Viajando en coche, el vuelo es al cielo ... Con las huríes, habría que añadir. Quien manejaba el VTC decía haber sido militar en Egipto. Yo estaba de vacaciones de Navidad en Madrid; era el año pasado. Iba de madrugada al depa de mi amigo el periodista Nacho Segurado, para esperar allá mi vuelo de regreso a México. No podía llegar a otras horas, porque el conserje marroquí del edificio en Fuencarral-El Pardo hacía lo que le daba la gana, y bien podía no estar en su puesto (el carácter del conserje dependía, según Nacho, de si llevaba puesta o no una chilaba).

Dentro del carro, el chofer y yo teníamos aires a personajes de Muerte a Crédito, la novela de Céline, donde hablan y parece que, a medida, que se dicen las palabras, se insuflan aires grotescos en personas y lugares, hinchados y pervivientes como globos de esporas. En fin, que el chofer desbarraba. Era imposible llamarlo imbécil, aunque lo era, porque él era quien manejaba y correlacionaba la regulación de la velocidad por los túneles de la M-30 con sus estados de ánimo didácticos, picudos y apocalípticos. Entre las amenidades que me comentó estaba, cómo no, la importancia jerárquica del Corán sobre todas las cosas, incluido no sé qué historia de un gusano mágico, no sé qué cuidado del embrión, no sé qué orbitas futuristas, que hasta lo hacían un libro idóneo para todo, como el bicarbonato de sodio.

Además del proselitismo religioso, el chofer lanzaba otros abrojos: la democracia era, para él, lo más degradante y libertino a imaginar; Golda Meir era atea (como yo; aunque, como tantos otros, un ateo guadalupano, porque esa Virgen es como un terremoto diagonal), y los judíos, tergiversadores vacuos del libro sagrado y con dos o tres caras ocultas; la mayoría de líderes árabes -excepto los teocráticos o los insurgenteados-, tibios o vendidos al dinero y a lujos refinados y estériles; los españoles, gilipollas, aunque podríamos dejar de serlo si nos convertíamos en masa al islam. También me platicaba este personaje celinesco sobre sus compatriotas egipcios, que lo torturaron; su huida a EU, país donde se casó por papeles, y al que despreciaba, como a su esposa títere.

Difícil personaje, este cincuentón ex soldado, sin casa y ciudadano del Corán, orgulloso y ahíto de la idea de traición, que terminó manejando un VTC en Madrid. El señor poseía la voracidad gravitacional de quien considera que la vida le reservaba algo excelente, pero ahora ya no tiene las entrañas para disfrutarlo, ni reconocerlo, ni compartirlo. Sus entrañas eran de paja, como la de los espantapájaros con los que comparó al ejército egipcio: "Póngame de dominguejo en los chilares para espantar los pájaros", escribe Luis G. Inclán en su Astucia.

A veces quitaba una de sus manos del volante y alzaba su dedito pontificador; ahí yo ya, cobarde de mí, no sabía si llegaría a la casa del Nacho vivo o a la del Nacho muerto. Como se sabe, levantar el dedito en esa religión simboliza el "tauhid" o unicidad indivisible de Dios: "No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta", en traducción popular de una "shahada" que aparece en banderas de Estados islamizados. El dedito es Diosito -opuesto a la trinidad católica-, en ojos de ese dedito letrado al que, a veces, le sale, como un dedal negro de tela, un burka en la puntita. Burka con su raya para los ojos, como el de la señorona cubierta que también en esa Navidad vi de paseo por Gran Vía, como un hada de fábula infantil, capaz con su magia de apoyar, a la vez, el monopolio de la idea de Palestina desde los fórceps retroactivos árabes, y la propaganda de un Irán islamizado, tosco y refractario a la Persia histórica (aunque al escribir estas líneas parece que Israel no acepta los presupuestos de esta hada en burka y de ojos de arena).

Por suerte, llegué al depa, y ahora puedo construir a ese chofer sin paz una casa de papel en esta columna, con cochera y todo, para que estacione el carro al final de su noche.

RÍO REVUELTO
LOS REDACTORES

La última frontera sin muro

El nuevo plan fiscal de Trump traerá más de 170 mil millones de dólares al tema de seguridad fronteriza y deportaciones, así como la construcción de centros de detención o cárceles para migrantes como "Alligator Alcatraz", pero en el costo-beneficio, ¿será de ayuda para Estados Unidos en un momento de dificultad económica?

Y es que el gasto es considerable, mientras que medidas como su política arancelaria tienen al país en una situación muy difícil, además de que las recientes redadas han disminuido la fuerza laboral en construcciones, restaurantes y otros centros de trabajo, no porque hayan realizado muchas detenciones, sino porque derivado de esto, muchos han evitado salir por el momento.

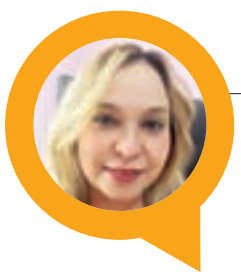
En muchos restaurantes de la vecina ciudad de Laredo, quienes ahí laboran por lo regular no se dan abasto ante la ausencia de sus compañeros cuya situación migratoria no es legal, ni se diga en las construcciones, pues éstas no han podido avanzar de forma eficiente por la misma razón.

Lejos de quitar empleos, el sector migrante suele llenar los espacios que los estadounidenses no toman, como la enorme fuerza laboral requerida en el campo, la construcción, mantenimiento, etc., mientras que el norteamericano promedio suele concentrarse en empleos de oficina.

Hoy, gran parte del territorio norteamericano está incompleto en cuanto a su fuerza laboral, lo que afectará considerablemente su productividad, justo en medio de un difícil momento para su propia economía, claro, por retos de sus propias políticas implementadas en la actual administración.

Por si lo anterior fuera poco, Laredo parece que está un poco más cerca de dejar de ser el único pedazo de franja entre Texas con México sin alguna clase de cerca, pues el río Bravo parecía ser una barrera natural entre ambos países, pero ahora que se autorizaron recursos adicionales, en la lista figura de manera especial esta región que es básicamente la última frontera sin muro.

AULA ABIERTA
DIANA ALEJANDRO



El docente contra un sistema injusto

Hola querida familia, amigos y lectores, les saluda su amiga, la Maestra Diana.

Hoy quiero hablarles sobre un tema que me ha estado rondando la cabeza desde hace unos días: el caso del profesor Esteban, quien, como muchos ya saben, enfrenta un proceso judicial tras la trágica muerte de un alumno. Este caso ha puesto en evidencia no solo las dificultades emocionales y profesionales que enfrentan los docentes, sino también la sobrecarga laboral y la falta de apoyo tanto de las autoridades como de los sindicatos.

Al observar lo ocurrido, no puedo evitar reflexionar sobre cómo se espera que los maestros se conviertan en "todo en uno". No solo debemos enseñar, sino también ser psicólogos, médicos, orientadores, terapeutas, detectores de problemas emocionales y hasta defensores legales. Cada vez se nos carga más responsabilidad, sin darnos las herramientas necesarias para afrontarlas. Y, sin embargo, cuando ocurren tragedias como la que vivió el profesor Esteban, se nos señala como los culpables.

En el caso específico del profesor Esteban, él fue el que activó el protocolo correcto: alertó a los padres del menor, notificó al seguro médico y buscó atención para el estudiante. Pero a pesar de seguir todos los pasos, terminó siendo acusado de omisión de auxilio, una acusación profundamente injusta si consideramos que no podía predecir el desenlace de un golpe aparentemente inofensivo. Es importante preguntarnos, ¿por qué se busca que los maestros sean responsables de todo, cuando muchas de estas situaciones están fuera de su control? El hecho de que el maestro Esteban se haya convertido en el blanco de esta acusación deja claro que se espera que los docentes se hagan cargo de todo lo que ocurre en las aulas y fuera de ellas, sin tener en cuenta las limitaciones y realidades de nuestra profesión.

Además, se olvida que los maestros no solo lidiamos con problemas académicos, sino también con situaciones sociales y emocionales complejas que no siempre tienen que ver con el entorno escolar. En las aulas de hoy, muchos de nuestros estudiantes llegan con problemas serios: con golpes, mal alimentados, sin una base emocional sólida, y a veces, desalineados. Los maestros recibimos a esos niños con los brazos abiertos, sin cuestionar su situación familiar, pero ¿y si fuera al revés? ¿Qué pasaría si la escuela pudiera demandar a los padres por no detectar que su hijo o hija estaba pasando por una crisis emocional, o por no haber visto que tenía una necesidad médica no atendida?

Aquí es donde deberían estar los padres y, en muchos casos, el sistema educativo se ve obligado a cubrir los vacíos que ellos no pueden. Hay niños que no reciben el apoyo adecuado en casa, y aunque el maestro se esfuerce al máximo, las dificultades emocionales o sociales de los estudiantes terminan reflejándose en su desempeño académico. Pero, ¿por qué se deja todo el peso en el docente? Nos convertimos en el primer punto de contacto para todo, pero sin el respaldo necesario de quienes realmente tienen la responsabilidad de velar por el bienestar de los estudiantes: los padres y el sistema de salud.

Este es otro aspecto que creo que no se está considerando: la responsabilidad de los directivos y supervisores en situaciones como estas. Los maestros no trabajamos en el vacío. Somos parte de un sistema educativo que, si bien tiene como base al docente, también depende de la supervisión y dirección. Los directivos y supervisores tienen la obligación de ofrecer el respaldo adecuado en situaciones complejas. Sin embargo, muchas veces nos encontramos completamente solos, enfrentando las consecuencias de nuestras acciones sin apoyo institucional. En el caso del profesor Esteban, la falta de un respaldo claro por parte de su directiva y la supervisión que no tomó una postura firme en su defensa refleja lo vulnerable que estamos ante este tipo de situaciones. No basta con seguir los protocolos; es necesario que los directivos, como líderes de la comunidad educativa, también asuman su parte de responsabilidad en la protección y apoyo a sus docentes.

Y, por último, está el respaldo de las autoridades educativas. ¿Dónde están cuando un maestro es injustamente señalado? El sindicato, que debería ser nuestro defensor, en muchos casos no actúa con la contundencia que se requiere. Los docentes estamos bajo un constante escrutinio, y cuando algo sale mal, los sindicatos y las autoridades deben garantizar que se brinde el apoyo necesario. Sin este respaldo, los docentes quedamos desprotegidos ante acusaciones que, en muchos casos, están fuera de nuestro control. Es urgente que se establezcan mecanismos de defensa más sólidos y eficaces que garanticen que no seremos abandonados en situaciones difíciles.

Además, debemos hablar de un tema fundamental que se ha vuelto cada vez más difícil de ignorar: la remuneración de los docentes. El sueldo que recibimos no corresponde ni de cerca al nivel de responsabilidad y sobrecarga laboral que enfrentamos. Somos llamados a ser los encargados de educar, orientar, detectar problemas emocionales y sociales, e incluso asumir tareas que deberían estar en manos de otros profesionales, todo por un salario que no refleja ni de lejos el esfuerzo y la dedicación que ponemos en nuestra labor. Mientras más se nos exige, menos se reconoce nuestro trabajo y, sin embargo, seguimos adelante con la esperanza de hacer una diferencia, a pesar de la falta de apoyo y de una compensación justa.

El análisis de este caso nos lleva a una conclusión clara: si seguimos por este camino, seremos responsables de todo lo que suceda. Se está dejando en evidencia que los maestros debemos cargar con todo, ser responsables de los problemas de los estudiantes, sin el apoyo necesario de los padres, sin el respaldo de las instituciones, y con una sobrecarga de tareas que nos impide enfocarnos en lo que realmente importa: la educación de nuestros estudiantes.

Queridos lectores, los invito a reflexionar sobre este tema. ¿Qué opinan? ¿Deberíamos seguir aceptando que los maestros sean responsables de todo lo que sucede en la escuela? Me encantaría escuchar sus opiniones.

Con cariño a mis lectores,
La Maestra Diana Alejandro